

Creación literaria

BEATRIZ GIOVANNA RAMÍREZ¹

Las cifras del horror

Ahora que conozco las cifras...
Llevo una cantera, destruida, triste
-sacaron las piedras, cada roca,
las esparcieron por el mundo-,
lloré con mi cuerpo por cada una.
Los feminicidios avanzan
ganando el desierto.

Piel abierta

En la morgue reposa desnuda.
La arrojaron al vacío
de los cuerpos sin nombre.
Cercenaron su muslo con una navaja.
“PERRA”
Se leía en piel abierta...

Uñas rotas

La noticia hablaba de su sueño americano.
Dormían sus restos amontonados como rocas.
Estudió inglés antes de morder el miedo.
El fruto, las hojas,
los mapas no trazados
detenidos por manos asesinas.
Mutilada como una margarita
arrancó sus pétalos con preguntas ligeras:
¿me quiere?
¿no me quiere?
La fiesta sólo la gozó el asesino,
la mujer tenía las uñas rotas
llenas de la piel del desconocido
lucha estéril antes de ser encadenada y comida.
Encontraron su cuerpo enmaletado
cerca de la basura.

Palabras encadenadas

Tal como un muro que la aleja de su propia belleza.
 La vida plantea una lista estética violenta.
 No hay manera de resguardarse a la presión.
 Miles de imágenes se instalan como prototipo.
 Cremas, botes,
 polvos mágicos,
 aceites, colonias,
 fármacos, píldoras,
 masajes reductores,
 láser,
 dientes rectos,
 mascarillas de tierra olvidada,
 caminos de clínicas de garaje,
 siliconas como tumbas que inundan el frente.
 Curvas peligrosas que circulan entre llagas frías.
 Cicatrices del acné
 grave sílaba de la cara.
 Botox que embriaga como levadura.
 Babas de caracol para el prometido infierno.
 Ojeras la pesada carga del hambre.
 Arrugas de los ojos
 medidas perpetuas del tiempo.
 Celulitis, psoriasis,
 flacidez de la piel,
 envejecimiento,
 estrías,
 piel de naranja.
 Nada la detiene para gastar dinero,
 entre cuatro paredes,
 jugarse la vida,
 el entierro.
 La verdad común era el engaño
 ser terriblemente sensual
 como lección geométrica,
 metros, bisturíes,
 la violencia de la simetría
 el convencimiento obstinado
 de un lugar invisible.

El dolor de la belleza

¿Será que del dolor surge la belleza?
 Esta pierna embadurnada
 con cera, se pegan los días
 como una larga condena.
 Olvido el dolor de los tirones,
 retiro la mala hierba de mi campo.
 Me baño con aceites y lociones
 en rituales silenciosos.
 Odio la raíz visible,
 estos días cansados
 con hambre y frío.
 Esbelta con mis zapatos altos
 voy recorriendo la escena.
 Tengo los ojos entrenados:
 encuentro cada vez
 más defectos.

Ángel

Quiero declarar en este juicio
 que no soy un ángel del hogar.
 Alguien me ha imputado ese crimen.

 Yo, desde pequeña he defendido
 ser libre como animal salvaje,
 he desenterrado tesoros en campo abierto.

 Que nadie diga que estoy domesticada.
 Que nadie me pida ser casta.
 Yo, sólo creo en mi voluntad.

Las femócratas

Las femócratas olvidan que son mujeres.
 Si no por qué apoyan leyes injustas...
 ¿Cuándo un árbol pierde sus raíces?
 Las femócratas no conocen la historia.
 Destruyen a su paso el camino
 de cientos de años, las luchas
 por mujeres, negros y esclavos.
 No lo saben, Olimpia, no lo saben
 y dicen que nos representan.
 Por ejemplo,
 necesitamos luchas contra la pobreza
 pero, nos hacen más pobres.
 Necesitamos el derecho de elegir
 y nos niegan, decidir sobre el cuerpo.
 Confabuladas con la miseria humana.
 Lamen los zapatos de la Iglesia,
 y de los señores feudales.
 Las femócratas prometieron igualdad
 para alcanzar el estrado,
 su ruido reza sometimiento,
 ruina, hambre, desempleo.
 No recuerdan el reinado de la guillotina
 las cabezas rodando por el suelo.
 También, los cuerpos arrastrados de heroínas
 en las patas de los caballos de Napoleón.
 Las femócratas no saben que donde están
 es un espacio ganado con dolor
 y la sangre de las mujeres
 que soñaron con la igualdad.

El parásito

Se instaló sobre su cuerpo
 con atroz dulzura,
 blanca y desnuda lo alimentaba
 con su propia vida.

¿Qué tal estás?

Me dijo, mientras caía mi sangre.
Ha sido una pequeña herida que pronto sanará.
Tienes que saber que el amor duele.

Ésta es piel golpeada.
La carne que delata que sigo viva.

Es el origen de los días,
la ignominia,
el prófugo rumor del amor.

Los monstruos del ácido

Corrosivos fueron sus planes:
desgraciar la vida entera de la muchacha,
borrarle el privilegio de la piel, de un rostro
que inscribía en su memoria.
Buscaba dejar atrás a los desplantes,
aborrecer su belleza para siempre.
No se conmovió con el premio de la vida.
Buscó monedas para comprar el ácido,
más allá del orden de las cosas
fue barato y fácil destruirle el rostro.
Poder regar la flor en el tiempo que nadie mira,
salir huyendo convencido de que nada puede pasar.

Más de quinientas mujeres en Colombia sin cara.
Cientos y miles de culpables sin penas ni juicios.
Natalia, Erika, Consuelo,
Viviana, Gloria, Alba,
Gina, Nubia, María, Angie,
son la entraña de todas.
Una mañana, una tarde, una noche o un sólo instante
donde la conciencia retorcida devora lo palpable,
lo frágil de la vida y el alma.
Maltrecha desventura del género.
Ser mujer es un sepulcro abierto.
Las mujeres saben de qué están hechos los horrores,
miran la justicia ciega y rechazan los mendrugos de leyes.

Una mujer tiene como único premio y condena ser mujer,
 es la única tierra de la que brotan hombres y mujeres.
 Hay que vencer la maldad en el mundo,
 los malditos monstruos del ácido que acechan.

La niña de mamá

 Mi madre me quería mucho pero teníamos que comer,
 así que me dejó sola, bajo llave, en una habitación sin ventanas,
 me comía las uñas, soñaba en el parque montando una bicicleta,
 no aprendí a montar alguna, pero en mi invención
 piloteaba hasta aviones de guerra.
 Mi madre me compraba libros de segunda e innumerables cuentos.
 Me hablaba de los peligros de ser bonita en la ciudad.
 Lloraba sola de mi suerte, reía escondida en mi cuarto húmedo.
 Adivinaba mi cielo nublado y frío.
 Me sentía pequeña e indefensa, pero llegaba la hora de la venganza:
 Era pirata y cortaba las cabezas de los hombres del saco.
 Era la niña de mamá que con pistolas y espadas defendía ser niña.